

XXIV

ESTUVE reflexionando toda la noche para tomar un partido que conciliara nuestras mútuas susceptibilidades, con la proteccion y solicitud que debíamos á Tonino. Desde por la mañana hablé de ello á Felicia.

—Ocupémonos de este chico, le dije; disputémonos aún, si es necesario, á propósito de él y por él, pero no le olvidemos. ¿Vuestra intencion ha sido siempre la de hacer de él un agricultor? Pues bien, á falta de un poco de ciencia que pudiera yo comunicarle teniéndole junto á nosotros, démosle una verdadera educacion especial, mandémosle á una granja-escuela. Existe una á dos pasos de aquí. Iré yo á verle frecuentemente, le vigilaré como á un hijo, y, cuando salga...

—No saldrá, puesto que no ha de entrar, respondió Felicia interrumpiéndome con viveza. Es ya demasiado mozo para ello. ¡Ha cumplido ya veinte y dos años! Esto seria humillante para él, puesto que tendria que hacer su aprendizaje entre chiquillos. Tiene, naturalmente, su vanidad, como no ignorais, y está ya en edad de no obedecer como un muchacho. No es para dicho que él aceptaria por otra parte vuestra autoridad paternal como aceptaba la de Juan. Lo mejor es

señalarle una pension conveniente y mandarle á buscar trabajo de conformidad con sus inclinaciones. He sufrido ya demasiado de vos por culpa suya; no podria ya soportarlo por más tiempo, sin volverme loca. No le quiero ver más por aquí.

Felicia estaba á la verdad exasperada y casi trágica; mi sonrisa la irritaba aún más.

—¿No son pues nada, repuso ella, las amenazas que me hicisteis ayer? Habia yo creido que hablabais al fin, en tésis general; pero, cuando el nombre de Tonino asomó en vuestros labios, en medio de todo, pude ver claramente que no os habia comprendido jamás. ¡He soñado toda esta noche en ello! Si vos desdeñasteis tanto mi amor al principio, fué porque estabais celoso de Tonino. Yo me habia creido que esto era lo contrario y que no estabais ya celoso. Hé aquí por qué os revelé ciertas debilidades que hubiera debido guardar encerradas en mí. ¡Ahora os conozco! Desde el momento en que sospechais, queda probado que no amais mucho, si no despreciáis! ¡Ah! ¡cómo he sido imprudente y cómo me detesto por ello!

—¡Felicia! exclamé, decid que me habeis engañado para probar mis sentimientos; decidme que Tonino no ha estado jamás prendado de vos; yo perdonaré una mentira de la que no comprendeis la gravedad; yo me reiré con vos, y os daré al mismo tiempo gracias por ello verdaderamente enagenado, si me libertais del tormento con que vuestra aparente sinceridad me ha encadenado.

—No, no he mentado, dijo ella, yo no miento jamás; pero algunas veces me dejo llevar de la imaginacion y, sin darme cuenta de lo que hago, puedo exagerar. Esto es lo que pasó, sin duda, por mí, cuando me lamenté con vos de las ideas de Tonino. Y luego, mi carácter es un tanto inquieto, ya lo sabeis.

He podido, he debido sin duda, equivocarme. Quien sabe si el muchacho, ha abrigado jamás los sentimientos que yo le he supuesto. Lo cierto es que él no ha vuelto hasta la fecha y que está harto frío conmigo. No pensemos más en ello; yo ya lo he olvidado todo por mi parte; ¿no podriais vos olvidar igualmente? ¿Es necesario, por ventura, que por cualquier palabra imprudente, esteis á cada instante en el caso de retirarme vuestra confianza?

—No, en verdad, respondíle, no va á ser así. Quiero olvidar, quiero aceptar vuestras últimas explicaciones, y quiero igualmente preocuparme de la educacion de vuestro hijo.

—Pues bien, habladle, respondió tranquilizada Felicia. Aquí le teneis para oiros y contestaros; os dejo juntos.

XXV

Ella salió al tiempo mismo que entraba Tonino en la sala, con gran sorpresa mia. Acercóseme en ademán triste, pero sincero, abrazándome con efusion.

—Pareceis admirado de verme, dijo; ¿no sabiais que estaba aquí desde antes de amanecer?

—Vuestra prima no me habia dicho una palabra.

—¡Oh, mi prima! ¡es muy singular para conmigo, en la actualidad! Parece que me tiene muy poco cariño desde que os ama á vos. ¿A qué vendrá eso, M. Sylvestre? ¿Qué os he hecho yo para que me odieis, yo que os he sido siempre adicto y dispuesto siempre á sacrificarme por vos? Creollegado el momento de una explicacion.

Al llegar aquí á las cinco de esta madrugada, me detuve, naturalmente, al pasar por el cementerio, para visitar la tumba de mi pobre primo. Hé visto á mi prima arrodillada y la he llamado. Ha lanzado sorprendida un gran grito, y viniéndose á mí me ha dicho que yo venia para hacer su desgracia. Ha pretendido que me volviera inmediatamente por donde habia

venido, tanto, que he debido hacer como que me alejaba; pero el cordero tiene apego al redil. Yo he venido aquí para volverme y he encontrado aún á Felicia incomodada contra mí. Entonces me he incomodado yo tambien, y le he dicho que, puesto que erais vos en la actualidad el único amo, no me dejaria echar sino por vos. Hablad, M. Sylvestre; estoy resuelto á obedeceros, si os soy odioso ó importuno; pero decidme por qué. No habiendo tenido jamás nada que echarme en cara, creo tener el perfecto derecho de pedir os una explicacion franca.

Hablóme tan ingénuamente, que le contesté con mi antiguo afecto. Alentéle, y le pregunté si me habia creído hostil hasta el extremo de no contar conmigo.

—Lo he creído, me dijo. Por más que mi prima ha querido siempre tomar sobre sí el peso de la resolucion para alejarme, yo os atribuia naturalmente este cambio con relacion á mí. ¿Veamos lo que se debe hacer? ¿Debo irme de aquí inmediatamente, ó quedarme una temporada, ó volver á entrar para siempre? Desde el momento en que me habeis recibido bien, tengo el deber de conformarme á todo cuanto os sirvais aconsejarme.

—Pues bien, empezad por decirme con toda sinceridad lo que deseais.

—Yo hubiera querido reanudar mi vida anterior, esto es; trabajar á vuestras órdenes, y recibir, como antes, lecciones vuestras. Me pareceis todavía amable y paternal; pero si mi prima me ha tomado aversion, prefiero partir y sea de mí lo que buenamente pueda yo ser.

—¿Y qué es lo que va á ser de vos, amigo mio? ¿teneis algun proyecto?

—¿Qué proyecto quereis que tenga? Me encuentro en una

situacion que no tiene apenas razon de ser. Me encuentro conde del Monte, y me veo precisado á llamarme Tonino Monti por no parecer ridículo. Yo no conozco á fondo nada más que el cuidar de los ganados; soy pastor como decia mi pobre y querido primo Juan, magnífica profesion, cuando sabe uno hacer prosperar un rebaño, ya sabe donde está su familia, y una profesion dulcísima cuando se ve uno entre su familia y encuentra uno la amistad donde ha recibido un poco de instruccion; pero la instruccion que he recibido hasta ahora no me pone tampoco en disposicion de llenar las funciones de un cargo administrativo, industrial ó artístico. Soy un mal aritmético, jamás entenderé una jota escrita en números, por mucho que sepa de calcular con la memoria. No soy, de mucho, un músico capaz de dar lecciones como mi abuelo Monti; tampoco conozco el duro y triste oficio de mi padre. No sirvo sino para pastor de alguna granja. Pues bien, ¿es esto una suerte para mí, y mi prima gustará de que yo sea el lacayo asalariado de cualquier aldeano? ¿Por qué me llevó á su casa? ¿Por qué quiso elevarme á su altura, inspirarme su altivez, hacerme un poco inteligente y otro poco artista, si era para abandonarme luego? Ha hablado de señalarme una pension; ¿para qué? No estoy enfermo, y quiero trabajar; me sonrojaria de recibir dinero para estar cruzado de brazos, y no digo que no llegase á ser un bandido, si fuere capaz de admitir dinero por no hacer nada. ¿Que no puede ó no quiere tenerme aquí? Si mi presencia os molesta, que me permita construir un chalet en *las alturas*; que me confie una buena vaquería y no bajaré aquí más que cuando quiera. Tomaré uno ó dos muchachos auxiliares para que me ayuden en mis trabajos; cultivaré tambien un poco de terreno, si lo hay en el lugar que se escoja que no sea del todo incultivable; me llevaré mi violin, vos me dejareis algunos libros para leer, y así mataré el fastidio. Ganaré, pues, mi vida dignamente, sin hacer daño á nadie, ni perjudi-

carne á mí tampoco. ¿Creeis que puede haber nada más fácil y puesto en razon?

Estaba Tonino tan, por su parte, en lo justo, que no acerté á dar con la objecion más remota. Conocia él perfectamente el negocio y los cuidados del ganado, y gustaba de la vida campes- tre. Era, en verdad, la única manera de vivir que podía escoger. Para otra profesion cualquiera de las que conocia más ó menos no era práctico ni profundo, y su carácter duro y contem- plativo, no se prestaba en manera alguna á los prodigios del trabajo intelectual que hubiera debido hacer para recuperar el tiempo perdido.

Era preciso, pues, reintegrarlo á la familia, salvo el enviarle á las *alturas*, como decia él, si me daba algun verdadero motivo de disgusto. En caso necesario, podia tambien darle ocupa- cion más lejos, hácia la parte del Sion, donde Felicia, por con- secuencia de la muerte de su hermano, poseia algunas otras propiedades que cultivar.

Acogí, pues, la vuelta del jóven conde con sincera cordia- lidad, resuelto á ser igualmente severo con él si llegaba á engañarme, pero sin poder creer que esto fuera posible. La amistad que yo le probé le hizo derramar lágrimas, y él me juró con toda su alma que me queria entrañablemente. A sus efusiones, iba mezclada la expresion del dolor que acababa de experimentar con la pérdida de su padre, del cual hablaba en términos tan sencillos y tan tiernos, que me conmovió, y me hubiera yo encontrado odioso á mis propios ojos, ahuyentán- dolo en semejantes circunstancias.

Llamé nuevamente á Felicia, y le mostré tanta confianza como á él. Mantúvose ella en actitud bastante fria con respec- to á entrambos, pareciendo mortificada y como impaciente, cuando Tonino insistia en querer saber la causa de su dureza para con él.

—¿No me direis, tal vez, exclamó con cierta viveza, lo que he hecho para desagradaros despues de muerto nuestro pobre Juan? ¡Hasta entonces, habiais venido siendo mi segunda madre, y despues, súbitamente no he sido, al parecer, sino un estorbo! Yo acusaba injustamente por ello á M. Sylvestre, quien es un angel, casi un Dios por mí. Parece satisfecho de verme. Quiere que yo continúe aquí; entonces sois vos, vos sola quien me rechaza. ¿Es forzoso que sea yo desgraciado? ¿Qué es entonces lo que he dicho, pensado ó hecho de malo para ser tan desdi- chado como soy?

—Nada, respondió Felicia fijándose en mí, como si quisiera cerciorarse de todas mis palabras una á una, á medida que se las dirigiese. Tú no has hecho nada malo, pero eres contrario á mi matrimonio con no importa quién. Sábelo, pues; tú eres un niño mimado, demasiado celoso del cariño que se te con- cede, lo cual prueba que no estás bien seguro de merecerlo. He creido verte faltar á la consideracion que se merece M. Syl- vestre, porque una ó dos veces, sin decir de él nada malo directamente—lo cual no era posible—me hablaste de él como despechado. En este supuesto, te advertí por mí misma, que si no estabas decidido á quererle, respetarle y servirle como á tu amo y mejor amigo, estaba yo dispuesta á no tole- rarte junto á mí. Quiere él que te quedes, quédate en buen hora; pero fijate mucho en lo que voy á decirte: nada de celos, nada de reticencias, nada de bromas ni de lamentos; porque he jurado que, á la primera palabra, ó á la primera mirada que demuestre algo de lo que te indico, no permanecerás un minuto más en esta casa.

Tonino quedó aterrado por un momento, ante esa dura prevención, que me hería á mí también, tendiendo á hacerme sospechar nuevamente de la sinceridad á la cual acababa de confiarme.

Fuése á su cuarto bastante agitado, casi colérico; después volvió á mí, y poniéndose de rodillas á pesar mío:

—Ya que me ha reprochado mi prima por mis faltas delante de vos, es necesario que me perdoneis. Pues bien, sí, estuve celoso de una grande amistad que disminuía, al parecer, la mía. ¿No es esto natural? ¿Dónde está el crimen? ¿Ha visto jamás un hijo que su madre se volviera á casar sin disgusto y miedo? Será esto egoísmo, si queréis; pero á mi edad, nadie tiene la madurez de virtud y juicio de la vuestra. Soy yo tan niño como vos indulgente. Vos sois quien debe consolarme, cerrar mi herida diciéndome que aún puedo seros de alguna utilidad, tanto á mi prima como á vos mismo... Pues ya lo habeis hecho, y yo os doy por ello las gracias, y creo en vos; ¡pero ella! ¿por qué tanta frialdad y tantas amenazas? ¿Se me habia acostumbrado á eso por ventura? Yo debia ser el sosten de su ancianidad al fin de su vida. Sí, esto era lo que me decia para hacerme bueno y discreto cuando yo era niño. ¡Ved cómo ha cambiado! ¡Y cómo yo sufro las consecuencias de ello!

—Y atiende igualmente, dijo Felicia. Sé bueno y prudente, que es lo que debes ser, y volverá á renacer mi amistad de otros días; ¡pero esto no es muy fácil, te lo advierto! Yo estaba sola las dos terceras partes del año; yo no tenia á quien agradecer sino á tí, y creia positivamente no casarme jamás.

Mi suerte ha cambiado, he tenido la inesperada dicha de inspirar afecto á un hombre mucho más elevado que yo, y que ha descendido gustoso hasta mí. ¿No es pues del caso que para no contrariar á un chiquillo como tú, renuncie yo al deber de consagrar mi vida á quien se digna aceptarla tal como es? Estamos ambos delante de este hombre para expli-

carnos como delante de un juez, y para decirle la verdad como á Dios. ¡Tú has tenido la pretension de hacerme desistir del matrimonio! Podias, es verdad, tener tus razones cuando se trataba de Sixto More, y yo dejé que te despacharas á tu gusto, porque no me preocupaba mucho de ello; pero desde que pretendiste probarme que M. Sylvestre no me consideraba sino como una criada cualquiera, te impuse silencio. Tú insististe, llegando á encolerizarte hasta el insulto; casi me ofendiste y me apesadumbraste. Yo no quise disgustar por ello á M. Sylvestre, y nada supo. Pudo, es verdad, adivinar, pero su delicadeza no ha pretendido averiguar detalles, y yo le felicito agradecida. Me has obligado á decirlo. Ahora bien, hazte perdonar, y no vuelvas nunca jamás á las andadas, si quieres que yo olvide tu necesidad.

Tonino volvió nuevamente á sus lágrimas, lamentándose y defendiéndose con tal ardor, que acabó por vencerme del todo. Yo le observé sin embargo con toda la perspicacia de que soy capaz, y nada en su lenguaje, en su mirada, ni en su acento, indicaba la menor astucia ó impertinencia. No era en modo alguno el Tonino que yo me temia creyendo conocerle. Era el niño inocente y tierno que yo habia estimado antes de amar á Felicia, y cuanto más pretendia arrepentirse de sus celos, más me parecian éstos naturales é inocentes.

Tuve casi tentaciones de regañar á Felicia cuando estuvimos solos otra vez. Habia estado ella demasiado dura haciéndome representar el papel de amo y de juez, tan poco conforme con la actividad de mi modo de ser. Lo habia tomado ella de

manera que apareciese yo aborrecible, y ridículo tal vez, cuando yo no quería imperar en ella ni en los suyos más que por la persuasión. De seguro se había equivocado Felicia, atribuyendo al joven aquel una especie de amor ofensivo é impropio. ¿No habia confesado haber explotado este supuesto para acrecentar mi pasión?

Veamos, querida mia, la dije; creo que es del todo indispensable no enfurruñarse en este momento decisivo de nuestra vida. Os veo nuevamente misteriosa como antes, cuando me asustaba de vuestras sonrisas tristes y altaneras. Sé, veo y siento, que ayer os herí por primera vez. ¿Es este un motivo para romper vuestro corazón sacrificándolo sin habéroslo pedido? Amais á Tonino; teneis pues el deber, tanto como la necesidad y la costumbre, de amarle. Justificadle por completo, y tanto si es culpable como si no lo es, perdonadle con la tranquilidad de un alma pura que no pueden turbar jamás los pensamientos de un espíritu extraviado. Habladme de él como si fuera hijo de los dos. Evitadme de ser demasiado confiado, y evitadme al propio tiempo de ser injusto. No dejéis que permanezca sobre todo ello no sé qué velo; y si encontrais luego que soy demasiado crédulo sobre haber sido demasiado suspicaz, advertídmelo.

No pude obtener ninguna respuesta satisfactoria. Felicia se encontraba bajo la impresion de un terror inaudito por el desprecio con que la habia amenazado.

—Dejadme reponer de esto, dijo ella. Me encuentro hoy demasiado trastornada. Me he pasado sin dormir y llorando toda la noche; la vuelta de Tonino me ha sorprendido. He llegado á imaginarme que ibais á creerme cómplice de un regreso, que no es sino un acto de desobediencia; he estado verdaderamente irritada; se me ha presentado aborrecible, como si viniera á quitarme vuestro cariño, á robarme el único bien que existe para mí hoy en este mundo. ¿Me preguntais si

ha tenido realmente malos pensamientos, lo ignoro por completo, sin atreverme á creerlo del todo; ¿será esto mi falta? ¿y las habré yo cometido también? Habeis dicho que la mujer era siempre cómplice del hombre que la deseaba... ¡Puede que ya me despreciéis! Semejante idea me vuelve loca; y si es preciso que la presencia de Tonino os vuelva celoso el mejor día, ¿cómo quereis que la acepte gustosa? ¿Por qué me hablais de la necesidad, del deber que tengo yo de amarle? Se me figura que le aborrezco desde que me habeis amenazado con vuestra indiferencia. Y ¿quereis que os diga si haceis bien ó mal acogiéndole bondadosamente? ¿Lo sé yo por ventura? Tal vez creereis que tengo mal corazón si os digo que andais equivocado, y que no tengo conciencia si os digo que teneis razón.

Fué preciso contentarme con tales evasivas. Es el suyo de estos caracteres particulares que no confiesan jamás, porque ni siquiera saben darse cuenta de sí mismos. Yo comprendia temblando que existia todavía un abismo entre nosotros; pero, ¿no era esta mi falta? ¿no habia sido por ventura sondado por mí? ¿era esta mi pedantesca necesidad de lógica que llenaba de nieve y espinas la senda de amores y sol donde se expansiona el amor? ¿Por qué queria yo en absoluto que Felicia no se hubiese equivocado jamás? ¿No podia aceptar el fallecimiento de mi alma dolorida, que, en resumen, se me entregaba sin pena ni reserva? ¿Era yo un niño, para creer que no habia de tener jamás nada que perdonarle? ó, ¿me consideraba tan perfecto á mí mismo, para tener el derecho de exigirle á ella una perfeccion absoluta?

Reflexionaba entonces y me reprimia. Sometí, pues, mi rígida conciencia de la verdad á todas las transacciones que

la tolerancia y la bondad pueden conceder; resolviendo aceptar la situación tal como acababa yo de colocarla, conservando á Tonino á nuestro lado y seguir adelante. Sentía perfectamente que encerraba en el fondo de mi corazón una llaga viva y que no la cerraba en verdad, apresurándose á vivir con su mal sin hacer sufrir injustamente á los demás. Lisonjeábame de poseer la fuerza suficiente para ello, y la tenía.

XXVI

El destino, la fatalidad tal vez, atrajo una diversion imprevista á mis ocultas agitaciones, y esto, durante el mismo día de la llegada de Tonino.

Vanina, la pastora, había crecido, llegando á ser una hermosa chica rubia y bien proporcionada dentro su elevada estatura; muy graciosa, con sus prolongados brazos redondos y delicados como los de una figura etrusca. Decíase en la comarca que era ésta una hija natural del viejo Tonino Monti, lo cual era bastante inverosímil, si no imposible. Tenía ella la perfecta frescura de tonos de la raza germánica á la cual pertenecía su madre; pero la gracia y la elegancia italianas resaltaban en sus actitudes y en la dulce sonoridad de su acento. La suposición de cierto parentesco misterioso con ella no desagradaba del todo á Tonino. Juan se lo había explicado delante de mí con un *puede ser* lacónico é indiferente. Él había apadrinado aquella criatura y la había recogido de pequeña por caridad. Felicia, que no admitía chanzonetas relativas á los amores de su abuelo, la había conservado largo tiempo á distancia para no alimentar comentarios en manera alguna. Así es, que la educación de Vanina fué harto descuidada, y